

nunciar el vino respeta, no tiene tanto realce á mis ojos, como pudieras creer; no piensas las pasiones vehementes en esos mezquinos sacrificios, ni vive el amor de galatéo. Además de que á veces mas que valor es maña tomar asa del tiempo venidero para el momento presente, y pagarse de antemano de una abstinencia perdurable, que cuando se quiere se deja. ¡Ah, mi buen amigo! ¿es acaso en todo lo que los sentidos halaga inseparable del gozo el abuso? va la embriaguez necesariamente con el gusto del vino unida? y es tan cruel ó tan vana la filosofía que no ofrezca otro medio de usar con moderación de las cosas que agradan que la total privación?

Si cumples con tu palabra te privas de un gusto inocente, y aventuras tu salud, mudando de método de vida; si la quebrantas haces segunda ofensa al amor, y padece tu propio honor. Uso por tanto en esta ocasion de mis derechos, y no solo te dispenso de un voto nulo por haberle hecho sin mi licencia, sino que te prohibo que le guardes mas que hasta el termino que voy á prescribirte. El martes tendremos en casa la musica de milord Eduardo. Cuando saquen el refresco te enviaré yo la mitad de una copa de un puro y benéfico nectar, que quiero se apure á mi presencia y por mi intencion, libando antes unas gotas espítorias á las Gracias. Despues volverá mi penitente al uso sobrio en sus comidas de vino templado con el cristal de las fuentes, calmado, como dice tu buen Platáreo, los ardores de Baco con el comercio de las Ninfas.

Hablando de la academia del martes, ¿no se le ha metido en la cabeza al loco de Regiano que podrá yo cantar una aria italiana, y tambien un duo con él? Quería que le cantara contigo para que lucieran juntos sus dos discipulos; pero hay en el tal duo ciertos *ben mio*, que corre peligro decirlos delante de una madre cuando hay algo en el corazon; mas vale aplazar esta prueba para la primera academia en casa de la inseparable. La facilidad con que he cogido el gusto á esta musica la atribuyo á el que me habia inspirado mi hermano á la poesia

italiana, y que he cultivado contigo; de modo que distingo con facilidad la cadencia de los versos, y que, segun dice Regiano, los pronuncio con buen acento. Cada leccion la empiezo leyendo algunas octavas del Taso, ó algunas escenas del Metastasio; y luego me hace decir y acompañar con el recitado, y creo que sigo hablando ó leyendo, cosa que no me sucedia por cierto con el recitado frances. Despues de esto, me hace sustentar con medida sonidos iguales y ajustados; ejercicio que me hacen bastante dificultoso los gritos á que estaba acostumbrada. Finalmente pasamos á las arias, y se encuentra que el ajuste y flexibilidad de la voz, la espresion patética, los sonidos esforzados, y todos los pasajes son natural efecto del canto y de la exactitud de medida; de suerte que lo que mas dificultoso de aprender se me hacia, ni siquiera necesita ensenanza. Tiene el caracter de la melodia tanta conexion con el tono de la lengua, y tanta pureza de modulacion, que basta con escuchar el bajo y saber hablar para descifrar con facilidad el canto. En ella tienen todas las pasiones espresiones agudas y fuertes; bien al contrario del rastro y penoso acento del canto frances, siempre facil y suave el suyo, aunque vivo y penetrante, dice mucho con poco esfuerzo: por fin veo que esta música agita el alma y deja sosegado el pecho, que es precisamente lo que mi corazon y mis pulmones necesitan. Hasta el martes, mi amable amigo, mi maestro, mi penitente, mi apostol. Ay! que no eres tú para mí? y porque á tantos derechos le ha de faltar un solo título?

P. D. ¿Sabes que se trata de un bonito paseo por agua, semejante al que hicimos dos años ha con la pobre Chailot? Qué tímido estaba entonces el bribon de mi maestro! como temblaba cuando me daba la mano para salir del barco Hipocrita! y lo que ha mudado!

CARTA LIII.

DE JULIA.

¡Con que todo frustra nuestros proyectos, todo engaña nuestras esperan-

zas, todo desmiente ardores que hubiera debido coronar el Cielo! Juguetes viles de la ciega fortuna, víctimas tristes de esperanzas que nos escarnecen, ¡jocaremos siempre á un fugitivo placer, sin alcanzarle nunca! Las bodas tanto tiempo en balde deseadas, se habian de celebrar en Clarens, lo estorba el mal tiempo, y es menester celebrarlas en la ciudad. Debiamos hallarnos en ellas á solas; cercados ambos de enfadosos no nos podemos zafar de ellos al mismo tiempo, y el instante que uno de los dos queda libre, es aquel en que le tienen asido al otro. Presentase al fin un instante propicio, y la mas cruel de las madres viene á quitarnosle, faltando poco para que sea el momento que iban dos desventurados á ser felices el de su comun perdida. Lejos de desalentarme han irritado mi valor tantos estorbos: no sé que nueva fuerza me anima, pero me siento con una osadia cual nunca tuve; y si como yo tienes animo, esta noche, esta misma noche puedo satisfacer mis promesas, y pagar de una vez sola todas las deudas del amor.

Consultate bien, amigo mio, y mira hasta que punto te es grata la vida, porque el expediente que te propongo puede darnos á entrambos la muerte; no acabes, si la temes, esta carta; pero si no asusta mas hoy tu corazon la punta de una espada, que lo que otro tiempo le asustaban las simas de Meillerie, el mismo riesgo corre el mio, y no ha vacilado. Escucha.

Babí, que duerme en mi cuarto, está mala tres dias hace; y aunque yo queria absolutamente cuidar de ella, la han llevado á otro contra mi voluntad, pero va mejor y acaso volverá desde mañana. La sala de comer está lejos del aposento de mi madre y el mio, á la hora de comer está desierta toda la casa, menos la cocina y el comedor. Por fin, en esta estacion ya hace noche oscura á aquella hora, su velo puede facilmente ocultar á los curiosos la gente que pasa, y sabes perfectamente los rincones de la casa.

Con esto basta para que me entiendas. Ven esta tarde á casa de mi Paca, te

explicaré lo demas, te daré las necesarias instrucciones, y si no puedo las dejaré por escrito al consabido depósito de nuestras cartas, donde, como te tengo advertido, hallarás ya esta porque el asunto es de tanta importancia que no me atrevo á fiarla de nadie.

¡Oh, como veo ahora latir tu corazon! como leo tu arrebato, y como crece con él el mio! No, dulce amigo mio, no, no dejaremos esta corta vida sin haber disfrutado un instante de felicidad. Piensa, con todo, que este instante se presenta cercado de los horrores de la muerte; que tu entrada está espuesta á mil peligros, que tu estancia es aventurada, y tu retirada de infinito riesgo, que somos perdidos si nos descubren, y que es necesario que todo nos favorezca para que podamos evitar de serlo. No nos equivoquemos; tengo sobrado conocido á mi padre para dudar que te viese al instante traspasar el corazon por su propia mano, como no empezara por mí, porque ciertamente no me dejaria viva; ¿y crees que te espusiera yo á tamaño riesgo, si no estuviera cierta de que era igual para entrambos?

Piensa tambien que no es asunto de fiarte en tu valor, ni soñarlo; y te prohibo formalmente que traigas arma ninguna para defenderte, ni siquiera tu espada, que fuera enteramente superflua, porque si somos cogidos estoy resuelta á precipitarme en tus brazos, estrecharte con fuerza en los mios, y así recibir el golpe mortal para no tener que separarme mas de tí, mas dichosa en mi muerte que en mi vida lo he sido.

Espero que nos está reservada suerte mas grata, á lo menos veo que nos es debida, y se cansará la fortuna de ser con nosotros injusta. Ven ya, alma de mi corazon, vida de mi vida, ven á reunirme contigo mismo, ven bajo los auspicios del tierno amor á ver remunerada la obediencia y tus sacrificios; ven á confesar en el seno de los deleites que de la reunion de los corazones nace su mayor encanto.

CARTA LIV.

A JULIA.

LLEGO lleno de una agitación que se aumenta al entrar en este asilo. Julia; aquí estoy en tu gabinete, aquí en el sagrario de todo lo que mi corazón idolatra. Guíaba la antorcha del amor mis pasos, y he pasado sin ser visto. Sitio encantado! afortunado sitio, que otro tiempo tantas tiernas miradas viste reprimidas, tantos ardientes suspiros sofocados, tú que nacer y crecer mis primeros fuegos has visto, por la segunda vez los verás coronados; sé testigo de mi constancia inmortál, de mi ventura, y encubre por siempre los deleites del mas fiel y el mas feliz de los hombres.

¡Que encantadora es esta misteriosa mansion! todo en ella halaga, y alimenta el fuego que me abrasa. O Julia! llena está de tí, y en todos tus vestigios cande, la llama de mis deseos; sí, todos mis sentidos à una estan embriagados. Por todas partes se exhala aquí no sé que aroma casi insensible, mas suave que la rosa y mas ligero que el iris; creo que oigo el halaguero metal de tu voz. Desparramadas todas las partes de tu vestido ofrecen à mi ardiente imaginación las de tí propia que cubren; este ligero peinado que ornán luengos rubios cabellos que encubrir disimula; este bienhadado pañuelo contra el cual una vez à lo menos no tendré que murmurar; este elegante y sencillo deshábille que tan bien anuncia el gusto de la que le trae; estas chimelas tan pequeñas que calza sin dificultad un ligero y bien formado pie; este corsé tan delicado que toca y abraza... ¡que hechicero talle!... por delante dos ligeros contornos... ¡O voluptuoso espectáculo!.. à la fuerza de la impresion ha cedido la ballena... ¡impresion deliciosa; deja que mil veces te bese! Dioses, Dioses! que será cuando?... Ah, ya creo que siento latir bajo una venturosa mano este tierno corazón. Julia, encantadora Julia mia: en todas partes te veo, te siento, te respiro con el aire que tu has respirado, toda mi sustancia penetra. ¡Ah, que ardiente

y dolorosa es para mí tu estancia! que terrible para mis ansias! ó, ven, vuela, ó soy perdido!

¡Que dicha haber hallado tinta y papel! escribo lo que siento para templar mi llama; y engaño mis ardores describiendolos.

Me parece que oigo ruido: ¿si será tu desapiadado padre? Creo que no soy cobarde... Pero en este instante fuera para mí horrorosa la muerte: igual sería mi desesperacion al ardor que me consume: ¡ó deseos, ó temores, ó crudas palpitaciones!... Cielo, una hora mas de vida te pido, y abandono lo demas de mí ser à tu rigor... Abren... entran... ella es, ella es: la he columbrado, la he visto, oigo que cierra la puerta. Corazón, flaco corazón mio te rindes à tantas agitaciones; ah! busca fuerzas para sustentar la felicidad que te abruma.

CARTA LV.

A JULIA.

¡Oh, muramos, dulce amiga, muramos, amada de mi corazón. ¿Que hacemos de hoy mas de una mocedad insulsa, cuyas delicias todas hemos apurado? Espícame, si puedes, lo que en esta inefable noche he sentido; dame idea de una vida que así huye, ó dejame que abandone una que nada igual tiene con la que contigo he gozado. Yo había gustado el delcete, y creí que conocía la felicidad. Ah! solo había sentido un sueño vano, y la dicha que imaginaba era la de un niño. Engañaban mis sentidos à la grosera alma; en ellos buscaba el soberano bien, y he hallado que sus deleites apurados eran el principio de los míos. Unica obra maestra de la naturaleza, divina Julia, deliciosa posesion à que apenas bastan todos los rebatos del mas ardiente amor; no, no son estos rebatos los que mas siento perdidos; ah, no, quitame, si es menester esos favores que embriagan, y por los cuales diera mil vidas; pero vuelveme lo que no era ellos, y mil veces se los dejaba atras. Vuelveme aquella estrecha union de las almas que me habías anunciado, y que tanto me has hecho gozar; vuelveme

me aquel tan suave abatimiento que llenaba la efusion de nuestros corazones; vuelveme aquel sueño encantador que sobre tu seno me embargó; vuelveme aquel despertar mas delicioso todavía, y aquellos sollozos interrumpidos, y aquellas suaves lagrimas, y aquellos besos que lentamente nos hacia paladear un voluptuoso descaecimiento, y aquellos tan tiernos gemidos durante los cuales estrechabas con tu corazón este corazón que tanto à unirse con él anhela.

Dime, Julia, tú que por tu propia sensibilidad tan bien de la agena juzgar sabes, ¿crees que lo que antes sentía fuera verdaderamente amor? Desde ayer han variado, no lo dudes, mis afectos de naturaleza, y han adquirido un no sé que menos impetuoso, pero si mas suave, mas tierno y mas encantador. ¿Te acuerdas de aquella hora que razonando apaciblemente de nuestro amor pasamos, y de aquel oscuro y temeroso tiempo venidero, que mas sensible hacia la felicidad presente; de aquella hora tan corta, ay! de una conversacion que tan interesante una ligera tintura de tristeza hacia! Estaba sosegado, aunque junto à tí; te adoraba y nada deseaba, y ni siquiera imaginaba otra felicidad que sentir cerca de mi rostro el tuyo, en mis mejillas tu aliento, y tu brazo ciñendo mi cuello. ¡Que calma en todos mis sentidos! que pura, continua, universal voluptuosidad! Dentro del alma estaba el encantamiento del gozo, y no salia de ella, que permanecía inmóvil. ¡Que diferencia entre los furoros del amor y tan apacible situacion! Es la vez primera de mi vida que cerca de tí la he experimentado, y considera no obstante cuan extraña mudanza en mí se ha hecho, que de todas las horas de mi vida, es la que mas preciosa ha sido, y la que quisiera que durará por toda la eternidad (1). Julia, dime si no te queria antes, ó si no te quiero ahora.

¡Si no te quiero! que duda! ¿He cesado de vivir? no está mi vida toda mas

que en mi corazón en el tuyo? Siento sí, siento que eres mas amada que nunca, y de mi abatimiento he sacado nuevas fuerzas para quererte todavía con mayor ternura. Verdad es que he requerido afectos mas sensibles, pero mas amantes, y de mas variables especies; sin enflaquecerme se han multiplicado, se templan con las dulzuras de la amistad los rebatos del amor, y apenas imagino especie de inclinacion, que contigo no me una. ¡O mi adorada dama, esposa mia, hermana mia, dulce amiga mia! que poco para lo que siento he dicho, cuando los nombres mas amados del corazón humano tengo apurados!

He de confesarte una sospecha que avergonzado y afrentado de mí propio he formado, y es que sabes mejor que yo querer. Si, Julia mia, cierto es que eres tú mi ser y mi vida, que te adoro con todas las potencias de mi alma; pero la tuya es mas amante, la tiene mas hondamente penetrada el amor, se le ve, se le siente; él es quien tus gracias anima, quien en tus razonamientos reina, quien à tus ojos da esa penetrante suavidad, ese inefable acento à tu voz; él es quien con sola tu presencia comunica à los demas corazones, sin que en tal piensen, la tierna emoción del tuyo; ¡que distante estoy yo de ese sereno estado que à sí propio se basta! Yo quiero gozar, y tú amar; yo tengo rebatos y tú pasion; mis rebatos todos no valen lo que tu delicioso descaecimiento y el afecto que tu corazón alimenta es la suprema felicidad. Desde ayer solamente he disfrutado ya tan pura voluptuosidad. Me has dejado tú algo del inefable encanto que en tí hay, y creo que con tu suave aliento me inspirabas una alma nueva. Date priesa, te ruego, à concluir tu obra: toma todo cuanto de la mia queda, y sustituyelo en su lugar la tuya. No, angelica felicidad, alma celestial; solamente afectos como los tuyos de tus atractivos son dignos; tú sola mereces inspirar un amor perfecto; sola tú de sentirle eres capaz.

(1) Mujeres fáciles, ¿queréis saber si sois amadas examinad à vuestro amante, cuando de vuestros brazos sale. Oh amor! si la edad de tus gustos loro no es por la hora del gozo, sino por la hora que à este se sigue.

Ah, dame, Julia mia, tu corazón para amarte según tus merecimientos.

CARTA LVI.
DE CLARA A JULIA.

TENGO que darte, querida prima, un aviso que te importa. Anoche tuvo tu amigo con milord Eduardo una altercación que puede hacerse seria. Te diré lo que he sabido por el señor de Orbe, que estaba presente, y que temeroso de las consecuencias ha venido esta mañana á hablarme del asunto.

En casa de Milord habian cenado ambos, y despues de una hora ó dos de música se pusieron á hablar y á beber punch. Tu amigo no bebió mas que un vaso con agua, los otros dos no fueron tan sobrios; y aunque no confiesa el señor de Orbe que se emborrachó, yo le cantaré su cartilla otro dia. Naturalmente paró la conversacion en hablar de tí, porque ya sabes que eres el platillo ordinario de Milord. Tu amigo, que no gusta de estas confianzas, las oyó con tal ceño, que caliente Eduardo con el punch, y agraviado de la displicencia de tu amigo, se atrevió á decir, quejandose de tu tibieza, que no era tan general como podia creerse, y que alguien que no hablaba palabra estaba mas bien tratado que él. Al punto tu amigo, cuya viveza sabes, refutó estas razones con tan insultante aspereza, que le valió un mentis, y ambos acudieron á tomar la espada. Bomston medio borracho se dió corriendo un desguince que le precisó á sentarse, se le hinchó la pierna, y con esto se sosegó la contienda mejor que con todo lo que habia trabajado el señor de Orbe. Pero como estaba este atento á lo que sucedia; vió que al salir se acercó tu amigo al oido de milord Eduardo, y oyó que en voz baja le decía: «Luego que se halle V. en estado de salir, deme noticias suyas, ó yo tendré cuidado de informarme de ellas.—No se tome V. este trabajo, le respondió Eduardo con risa de mofa, muy luego las tendrá». Verémos, replicó muy frio tu amigo, y se fué. El señor de Orbe te lo dirá todo mas circunstanciadamente cuando te entregue esta. Entre tanto estará el

portador á tus ordenes, hará cuanto te mandares, y puedes contar con el secreto.

—Te pierdes, querida mia, preciso es que te lo diga mi amistad, el empeño en que vives no puede estar mucho tiempo oculto en una ciudad pequeña como esta; y es milagro de la suerte que con mas de dos años que hace que ha empezado no sean todavía materia de la critica del público. Pero vas á serlo si no te resuelves, y ya lo serias si te quisieran menos; pero á todos repugna tanto el decir mal de tí, que es mal medio para hacerse escuchar, y seguro para hacerse aborrecer. No obstante todo tiene fin; yo me temo que ha llegado el del secreto de tu amor, y hay mucha apariencia de que provengan las sospechas de milord Eduardo de algunas murmuraciones que haya oido. Piénsalo bien, querida niña mia, el Sereno ha dicho pocos dias ha que habia visto á las cinco de la madrugada á tu amigo salir de tu casa. Por fortuna que lo supo este de los primeros, que fué corriendo á verse con el Sereno, y halló como hacer que se callara; pero, ¿que otra cosa es semejante silencio que un medio de acreditar rumores esparcidos á la sordina? También crece de dia en dia la desconfianza de tu madre: ya sabes cuantas veces te lo ha dado á entender, tambien á mí me ha hablado con bastante aspereza; y si no temiera la vehemencia de tu padre, no hay duda de que tambien se lo hubiera dicho; pero no se atreve porque le echara siempre la culpa principal de un conocimiento que por ella ha venido.

No te puedo decir lo bastante, piensa en tí ahora que es todavía tiempo; desvia á tu amigo antes que se hable, precáveté de sospechas nacientes, que ciertamente disipará su ausencia; porque al fin, ¿que han de creer que hace aquí? Acaso será muy tarde dentro de seis semanas, dentro de un mes. Si llegase la menor cosa á oídos de tu padre, tiembla de lo que del enojo de un militar viejo encaprichado con el lustre de su casa, y la petulancia de un mozo arrebatado que nada sabe aguantar resultaría; pero antes es preciso de un modo ó de otro evacuar el lance de milord Eduardo, porque lo

que harias sería irritar á tu amigo, y que se negara con razon á obedecerte, si le dijeras que se ausentara antes de dardado á este desafío.

CARTA LVII.

DE JULIA.

AMIGO mio, me han enterado muy por menor de lo acontecido con milord Eduardo y V.: en virtud del conocimiento exacto del suceso quiere su amigo examinar con V. como se debe conducir en la ocasion conformándose con las ideas que asienta, y que supongo que no halle una vana y engañosa ostentacion.

No me informo de si es V. muy inteligente en el arte de la esgrima, ni de si se siente en estado de hacer frente á un hombre que tiene grangeada en Europa reputacion de manejar con superioridad las armas, y que habiendo tenido cinco ó seis desafíos en su vida siempre ha muerto, herido ó desarmado á su contrario; comprendo que en el caso en que se halla V. no se consulta la habilidad sino el valor, y que el modo mejor de tomar venganza de un guapo que nos insulta consiste en hacer que nos mate: admitamos tan prudente maxima. Me dirá V. que mas que la vida aprecia su honor y el mio: con que racionarémos sentando este principio.

Empecemos por lo que á V. compete. ¿Me podrá decir que agravio personal le han hecho en asunto en que de mí sola se trataba? Si debia V. en esta ocasion tomar á pechos mi defensa, eso luego lo veremos; entre tanto no puede menos de confesar, que era la contienda totalmente inconexa con su honor particular, á menos que se crea afrentado con que sospechen que yo le quiero. Verdad es que ha sido V. insultado; pero despues de haber empezado haciendo un insulto atroz, y yo que tengo llena mi familia de militares y tanto he oido ventilar estas horribles cuestiones, sé muy bien que agravio que por agravio se vuelve no borra el primero, y que el insultado es el único que queda ofendido: siendo este caso idéntico con el de un combate ino-

pinado, en que el único reo es el agresor, y no es culpado de homicidio quien defendiéndose hiere ó mata.

Tratemos ahora de mí: demos que me haya agraviado con sus razones milord Eduardo, aunque no haya dicho mas que la verdad: sabe V. lo que con defenderme con tanta importancia y ardor grangea? Aumenta su agravio, prueba que tenía razon, sacrifica á un falso puntillo mi verdadero pundonor, y por adquirirse cuando mas la reputacion de buen matachin quita la honra á su dama. Ruego á V. que me enseñe la conexión que entre mi justificacion real y su modo de justificarme hay: ¿se piensa V. que tomar con tanto ardor mi defensa sea convincente argumento de que no hay entre nosotros intinidad, y que baste con hacer ver su guapeza para demostrar que no es mi amante? Está V. cierto de que las murmuraciones de milord Eduardo me harán menos perjuicio que su conducta; V. solo es quien con este golpe se encarga de publicarlas y confirmirlas. El podrá muy bien en el combate evitar la espada de V.; pero nunca mi reputacion, ni mi vida acaso, evitarán la herida mortal que les da.

Razones son estas sobrado solidas para que halle V. cosa que replicar á ellas; mas preveo que impugnará la razon con el uso; que me dirá que hay fatalidades que contra nuestra voluntad nos arrastran; que en caso ninguno se aguenta un mentis, y que cuando ha tomado cierto giro un asunto, no es posible evitar el duelo ó la deshonra. Veamos.

¿Se acuerda V. de la distincion entre el honor aparente y verdadero que en ocasion de mucha importancia en otro tiempo me hizo? en cual de las dos clases colocáremos este de que hoy se trata? Yo por mí no veo como puede esto dar asunto á cuestion. ¿Que tiene que ver la gloria de degollar á un hombre con la conciencia de la rectitud del alma? ni que influjo tiene la vana opinion agena con el verdadero honor que está en lo interior del corazón arraigado? con que parecen las virtudes que posee uno con las mentiras de un calumniador? ó está el honor del sabio á merced del

primer zafio que puede topar? me dirá V. : que prueba un duelo valor, y que con este basta para borrar la ignominia ó el baldon de todos los demás vicios? Y yo le preguntaré, ¿qué honor puede dictar semejante decision, ó que razon justificarla? Segun eso hasta con que se desafe un bribon para dejar de ser bribon; se convierten en verdades las mentiras de un embustero, asi que á la punta de su espada las sustenta, y si le acusan á V. de que ha muerto á un hombre irá á matar á otro para probar que no es cierto. De suerte que virtud, vicio, honor, infamia, verdad, mentira, todo puede ser hijo del exito de un duelo; la residencia de toda justicia es una sala de armas; no queda otro derecho que la fuerza, ni otra razon que el homicidio; todo el resarcimiento que á los agraviados se debe es matarlos, y tan bien lavada queda la ofensa en la sangre del ofensor como en la del ofendido. Dígame V., si supieran discurrir los lobos, seguirian otras maximas? Decida V. por el caso en que se halla, si abulto su estravagancia. ¿De qué se trata? de un mentís que le han dicho en un caso en que verdaderamente menta V., y piensa matar la verdad con el que quiere castigar por haberla dicho? ha considerado que sujetándose á la suerte de un duelo llama V. al cielo por testigo de una cosa falsa, y que se atreve á decir al Arbitro de los combates: ven á sustentar la causa injusta, y haz que triunfe la mentira? no le asusta semejante blasfemia, ni le repugna tamaño disparate? Oh Dios! que miserable honor el que el denuesto y no el vicio teme, y no consiente que se aguante de otro un mentís, mientras nos está desmintiendo nuestro propio corazon!

V. que quiere que se aproveche cada uno de sus lecturas, aprovéchese de las suyas; y diga si hubo un solo desafío en la tierra cuando de héroes estaba cubierta. ¿Pensaron nunca los hombres mas valientes de la antigüedad en vengar en singular combate sus injurias personales? envió César un cartel á Caton, ó Pompeyo á César por tantos baldones reciprocos? se creyó deshonrado el mayor

capitan de la Grecia por haberse visto amenazado con un palo? Otros tiempos, otras costumbres; bien lo sé: pero son todas buenas? no nos hemos de atrever á indagar si son las de tal ó tal tiempo conformes con el honor solido? No, no varia este honor, que ni de tiempos, ni lugares, ni preocupaciones pende, ni eclipsarse ni remanecer puede, y tiene su personal fuente en el pecho del justo, y en la inalterable regla de sus obligaciones. Si no conocieron el duelo los pueblos mas ilustrados, mas virtuosos y mas esforzados de la tierra, digo que no es institucion del honor, sino moda inhumana y horrorosa, digna de su origen feroz. Resta saber si cuando de la propia ó agena vida se trata, se arregla el hombre de bien por la moda, y si no es mayor valor arrostrarla que seguirla. ¿Que haria en dictamen de V. quien á ella se quiere sujetar en paises donde reina un estilo contrario? En Messina ó Napoles iria á esperar á su contrario al revolver de una esquina, y darle por detras de puñaladas. En estos paises se llama esto ser guapo, y no consiste el honor en hacer porque nos mate nuestro enemigo, sino en matarle á él.

Lejos de V. el confundir el honor con la preocupacion feroz que todas las virtudes en la punta de su espada las cifra, y solo es buena para formar denodados perversos. Pueda ser, si quieren, este estilo suplemento de la probidad; donde reina esta es el suplemento superfluo. ¿Que se ha de pensar de quien se espone á la muerte por eximirse de ser hombre de bien?... ¿No ve V. que los delitos que no estorban la deshonra y el honor los encubre y multiplica el puntillo falso y el temor del que dirán? Este es quien hace hipocritas y embusteros á los hombres, quien les induce á que viertan la sangre de un amigo por una palabra imprudente que deberian olvidar, ó por una repreesion merecida que no pueden aguantar; este quien á una tímida y cogañada niña convierte en infernal furia; este, oh poderoso Dios, quien puede armar la diestra de una madre contra el tierno

fruto... Mi alma fallece á tan horrible idea, y á lo menos rindo gracias á aquel que los corazones penetra, por haber quitado del mio este horroroso honor, por satisfacer un inhumano y hace estremecer la naturaleza.

Vuelva V. en si y contemple si es lícito acometer á sabiendas á quitar la vida á un hombre y aventurar la suya propia, por satisfacer un inhumano y peligroso antojo que no tiene razon fundada ninguna; y si puede la triste memoria de la sangre vertida con semejante motivo cesar de pedir venganza en lo interior del corazon de quien la derramó. ¿Sabe V. que haya delito que al homicidio voluntario se iguale? Si es la humanidad base de todas las virtudes, ¿que hemos de pensar del hombre sangriento y depravado que es osado á atropellarla en la vida de un semejante suyo? Acuérdese V. de lo que contra el servicio en pais extranjero me tiene dicho. ¿Se ha olvidado V. de que debe el ciudadano su vida á la patria, y que no tiene derecho para disponer de ella sin permiso de las leyes, y mucho menos contra su mandato? Amigo mio, si ama V. de veras la virtud, aprenda á practicarla como ella manda, y no como disponen los hombres. Doy que se originen de esto algunos inconvenientes, será para V. la voz *virtud* un nombre vano? y solo ha de ser virtuoso cuando nada le cueste serio?

¿Y cuales son en la realidad esos inconvenientes? Murmuraciones de personas ociosas, de perversos que divertirse con las desgracias ajenas procuran, y que desearian tener siempre alguna historieta nueva que contar. Cierto que es fundado motivo para matarse. Si en los mas importantes asuntos de la vida se arregla el filosofo y el sabio por las locas hablillas de la muchedumbre, ¿que sirve ese aparato de estudios para ser en la realidad un hombre ordinario? No se atreve V. á sacrificar á su obligacion, á la estimacion, á la amistad, su resentimiento por miedo de que le acahquen que teme la muerte? Pese V. bien las cosas, dulce amigo, y hallará mas cobardia en el miedo de esta imputacion

que en el de la muerte. Un fanfarron, un cobarde quiere á todo evento pasar plaza de valiente.

*Verdadero valor aunque ignorado,
Es de sí propio recompensa íbustre.*

Miente quien dice que mira sin susto la muerte. Todo hombre repugna á morir; y esta es ley universal de los seres sensibles, sin la cual en breve se destruirian las especies mortales. Es este temor un mero movimiento natural no solo indiferente, sino bueno en si y conforme al orden; lo que vergonzoso y digno de vituperio le hace es que puede impedirnos que obremos bien y cumplamos nuestras obligaciones. Si no fuera nunca la cobardia obstaculo para la virtud dejara de ser vicio. Quien hace mas caso de su vida que de su obligacion no puede ser solidamente virtuoso: convengo. Pero V. que se alaba de razon, espíqueme que especie de merito puede haber en arrostrar la muerte por cometer un delito.

Quando fuera cierto que se hace despreciable quien á un desafío se niega, ¿cual es mas temible desprecio, el ageno por obrar bien, ó por obrar mal el suyo propio? Créame V., el que á sí propio de veras se estima siente poco el injusto desprecio ageno, y solo ser acreedor á él teme; porque lo bueno y lo honrado no penden del juicio humano, sino de la naturaleza de las cosas, y aun cuando aprobase toda la tierra la accion que va V. á ejetar, no por eso menos torpe seria. Pero es falso que quien por virtud de ella se abstenga se haga despreciar. Pronto siempre á servir la patria, á amparar al desvalido, á cumplir con las mas peligrosas obligaciones, y á defender á precio de su sangre en todo caso honrado y justo lo que ama, campea en todas sus acciones aquella incontrastable firmeza, compañera del verdadero valor. Serena su conciencia, lleva erguida la frente, ni busca á su enemigo, ni huye de él, y facilmente se ve que menos que obrar mal teme morir, y que no le asusta el riesgo sino el delito. Si se amotinan momentaneamente contra él las viles preocupaciones, son

todos los días de su vida honrosos testigos que las recusan; y en tan consiguiente conducta se juzga de una acción por el contesto de todas las demas.

¿Sabe V. lo que para un sugeto comun hace tan penosa esta moderación? La dificultad de sustentarla con dignidad, y la necesidad de no cometer luego acción ninguna que merezca critica; porque si en otra ocasión no le contiene el temor de obrar mal, ¿porque le habia de contener en otra en que se puede suponer motivo mas natural? Bien se ve entonces que no provino su moderación de virtud, sino de cobardía; y con razon hacemos burla de un escrúpulo que viene solo con el peligro. ¿No ha notado V. que las personas pelilleras y provocativas son por lo comun picaros que, temiendo que les dejen ver à las claras el desprecio que de ellos hacen, se esfuerzan à cubrir con algunos lanceos de honor la infamia de su vida entera? quiere V. imitar à semejantes hombres? Dejemos aparte à los militares de profesion, que à precio de oro venden su sangre, y queriendo conservar su graduación, evalúan por su interes lo que à su honor deben, y peseta mas ó menos, saben cuanto vale su vida. Deje V., amigo mio, que todos esos se desafien. No hay cosa menos honrosa que ese honor que tanto cacarean, y que solo es una moda desatinada, una engañosa imitación de virtud que con los mas horrendos delitos se aseá. El honor de un hombre como V. no está en manos de otro, que está en si propio, no en la opinión popular, y no se defiende con espada y rodela, sino con una irreprehensible integridad de vida; lid que no me nos animo que la otra requiere.

Por estos principios ha de conciliar V. los elogios que siempre he hecho del verdadero valor con el profundo desprecio à los valentones. Aprecio à los valientes, y no puedo llevar en paciencia à un cobarde, reñiria con un amante medroso que el miedo arrojara del riesgo; y como todas las mugeres pienso que anima el fuego del valor al del amor. Pero quiero que se manifieste aquel en ocasiones legítimas, y que fue-

ra del caso no se haga de él un vano alarde, como por temor de que falte cuando sea necesario. Alguno hay que se esfuerza una vez, para adquirir derecho à esconderse lo demas de su vida. Menos solícito y mas constante es el verdadero valor: siempre es lo que debe ser; no es necesario contenerle ni incitarle; siempre le lleva consigo el hombre de bien à la batalla contra el enemigo; à una concurrencia en defensa de los asentes y la verdad; à su cama contra los embates del dolor y la muerte. En todos tiempos tiene uso la fuerza de animo que le inspira, hace la virtud superior à los acontecimientos, y no consiste en desafiar, sino en no tener temor de nada. De esta especie es, amigo mio, el valor que yo tantas veces he elogiado, y que me alegro de hallar en V.; lo demas es atolondramiento, desatino y fiereza; es cobardía sujetarse à él, y no menos desprecio à quien corre en busca de un peligro inutil que à quien de un peligro que debiera arrostrar huye.

He hecho ver à V., sino me engaño, que en su contienda con milord Eduardo no se interesa su honor; que recurriendo à las armas compromete el mio; que no es el desafío justo, ni racional, ni licito; que no puede avenirse con las ideas que V. profesa; que solo conviene à picaros, en quienes suple la valentía por las virtudes que no tienen; ó à los oficiales que no por honor sino por interes se desafian; que mas verdadero valor es rehusarle que admitirle; que los inconvenientes à que se espone quien à él se rehúsa son imprescindibles de la práctica de las verdaderas obligaciones, y mas que reales aparentes; por fin que las personas mas dispuestas à recurrir à él son siempre aquellas cuya probidad es mas sospechosa. De todo lo dicho infero que no puede V. en este caso provocar ni aceptar un duelo sin renunciar al mismo tiempo de la razon, del honor, de la virtud y de mi. Tuerza V. mis razones como quiera, amon-tone sofismas; siempre será cierto que un hombre de valor no es cobarde, y que no puede no tener honor un hom-

bre de bien; y me parece que he demostrado à V. que un hombre de valor desdén el duelo, y que le detesta un hombre de bien.

En tan grave materia, amigo mio, he creído que solo à la razon debia invocar, y presentar las cosas como ellas son. Si las hubiera querido pintar como à mi se me figuran, y atestiguar mis afectos y la humanidad, otro estilo muy distinto hubiera tomado: V. sabe que siendo mozo mi padre tuvo la desdicha de matar à un hombre en un desafío; este era amigo suyo; riñeron contra su voluntad, obligado por un loco puntillo de honra. El mortal golpe que al uno privó de la vida quitó por siempre al otro el sosiego. Nunca desde entonces ha podido salir el fatal remordimiento de su triste corazón: cuando está solo le oímos sollozar y llorar, cree à cada instante que siente el acero que empujado por su despiadada mano en el corazón de su amigo se introduce; en las tinieblas de la noche ve su ensangrentado y macilento cadáver, temblando, la llaga mortal contempla, quisiera detener la sangre que corre; le sobrecoge el susto; da gritos y no cesa de perseguirle el horroroso espectro. Cinco años hace que ha perdido el precioso heredero de su nombre y la esperanza de su linaje, y se acusa de su muerte como de un castigo del cielo, que en su único hijo ha vengado al desventurado padre, à quien privó el del suyo.

Le confieso à V. que unido todo esto con mi natural aversion à la crueldad, tal horror à los duelos me inspira, que contemplo en ellos el postrer grado de inhumanidad à que puedan llegar los hombres. El que va sin alterarse su corazón à un desafío me parece una fiera que se esfuerza à despedazar à otra; y si queda el mas leve vestigio de humanos afectos en su alma, menos digno de compasion que el venecido me parece el que sobrevive. Contemple V. à esos hombres acostumbrados à derramar sangre; si arrostran sus remordimientos es porque sofocan el grito de la naturaleza; insensiblemente se tornan duros y crueles; se burlan de la vida ajena, y es el cas-

tigo de la humanidad el perderla al fin totalmente. Qué son en este estado? Respondeme, quieres tú ser parecido à ellos? No, no eres tú capaz de tan odioso embrutecimiento; pero tiembala de dar el primer paso, que à él puede conducirte; todavia está inocente y sana tu alma; no empieces, à riesgo de tu vida, à depravarla con un esfuerzo sin virtud, un delito sin gusto, y un puntillo sin razon.

Nada te he dicho de tu Julia, porque vale mas que te lo diga tu corazón. Una palabra, una sola palabra, y consulta con él luego. Algunas veces con el tierno nombre de esposa, me has honrado; acaso ahora añadir pudieras el de madre. ¿Quieres que quede viuda, antes que nos una un vinculo sagrado?

P. D. En esta carta me valgo de una autoridad, à que nunca hombre de juicio se ha resistido. Si V. se niega à rendirse à ella, nada tengo que decirle; pero pienselo bien antes, tomese ocho dias de tiempo para reflexionar sobre tan importante materia. Este plazo no le pido en nombre de la razon, que le exijo en el mio. Acuértese V. de que en este caso hago uso del derecho que V. propio me ha dado, y que à lo menos llega hasta este punto.

CARTA LVIII.

DE JULIA A MILORD EDUARDO.

No escribo, Milord, para quejarme de V., puesto que me agravia, sin duda le he dado motivos que ignoro, porque, ¿como he de creer que un hombre de bien fuera sin motivo à deshonrar à una familia estimable? Así, satisfaga V. su venganza, si cree que es legítima, esta carta le proporciona à V. un medio facil de perder à una niña desventurada, que nunca se consolará de haberle ofendido, y que pone à su discrecion el honor que le quiere quitar. Sí, Milord; justas eran las imputaciones de V.; tengo un amante que adoro, que es dueño de mi corazón y mi persona, y sola la muerte podrá romper tan suave nudo. Este amante es el mismo que V. con su amistad honraba, y que es acreedor à ella, puesto que quiere à V. y es virtuoso; no obs-

tante va á morir á sus manos; que bien sé que el honor agraviado pide sangre; bien sé que le perderá su valor; bien sé que en un combate para V. tan poco temible irá denodado su intrepido corazón á recibir el golpe mortal. Yo he querido contener un celo tan mal considerado, y he invocado la razón. Ay! cuando escribía mi carta bien sabía que era inútil; y por grande que sea el respeto que á sus virtudes tengo, no espero que tan sublimes sean que puedan mas que un falso puntillo. Disfrute V. de antemano del gusto que tendrá en traspasar el pecho de su amigo; pero sepa, hombre despiadado, que no tendrá el de gozarse con mis llantos y contemplar mi desesperación. No; lo juro por el amor que en lo interior de mi corazón suspira; sea V. testigo de un juramento que no será en vano; no sobreviviré ni un día á aquel por quien aliento, y tendrá V. la gloria de sumir de un golpe en la tumba á dos malhadados amantes, que no le dieron motivo voluntario ninguno de queja, y que en honrarle se complacían.

Dicen, Milord, que tiene V. hidalga el alma y sensible el corazón; si dejan ambos que en paz se goce con una venganza que no puedo yo comprender, y con la satisfaccion de causar desdichas, ¡ojala que cuando haya yo cesado de vivir le inspiren á V. que cuide de un padre y una madre desventurados, que entregará en manos de un desconocido perdurable la pérdida de la única hija que les quedaba!

CARTA LIX.

DEL SEÑOR DE ORBE A JULIA.

Doy á V., señorita, cumpliendo sus órdenes sin dilacion ninguna, cuenta de la comision que me ha fiado. Vengo de casa de milord Eduardo, que he encontrado todavía muy incomodado con el desguince de una pierna, y que no podía andar sin el apoyo de una muleta. Le he entregado su carta de V. que ha abierto con suma agitacion; me ha parecido muy perturbado al leerla; se ha quedado muy distraido un poco de tiem-

po; la ha vuelto á leer segunda vez con mayor agitacion todavía, y al cabo de un rato me ha dicho: «Ya sabe V., caballero, que tienen los lances de honor reglas de que no es posible prescindir; bien ha visto V. lo que en este ha sucedido; y así se ha de evacuar segun regla. Traiga V. consigo á dos amigos; y tómese el trabajo de volver con ellos mañana por la mañana, y entonces sabrá mi determinacion.» Le repliqué que habiendo sido entre nosotros solos el lance, valdria mas que se terminara sin otros testigos. «Yo sé muy bien lo que me hago, me respondió algo alterado, traiga V. á sus amigos: nada mas tengo que decirle.» Entonces me salí, revolviendo en balde en mi cabeza que extravagante idea puede ser la suya. Sea lo que fuere, tendré la honra de verme con V. esta tarde, y ejecutaré mañana lo que me mandare. Si á V. le parece que vaya á la cita con mi comitiva, la escogeré tal que sean personas de quienes á todo evento pueda fiarme.

CARTA LX.

A JULIA.

SOSIEGA tus temores, tierra y amada Julia, lee la narracion de lo que acaba de suceder, y alberga en tu corazón y participa de los afectos que el mio agitan.

Tan lleno estaba de enojo cuando recibí tu carta, que apenas pude leerla con la atencion que se merecia. Aunque no podia refutarla, podía mas conmigo mi ciega cólera. Razon puedes tener decia dentro de mí, pero no me hables nunca de que permita yo que alguien te insulte. Aunque te hubiera de perder y morir culpado, nunca sufriré que te falte nadie al respeto que te es debido; y hasta que pierda el último aliento te honraré todo cuanto á tí se acerque, como te honra mi corazón. No obstante no dificultad acerca de los ocho días que exigias; el acaso acontecido á milord Eduardo y mi voto de obediencia conspiraban de consuno á hacer necesario este plazo. Resuelto, conforme á tus órdenes á gastar este tiempo en meditar sobre el con-

tenido de tu carta, me ocupaba sin cesar en leerla y reflexionar acerca de ella, no para mudar de opinion, sino para justificar la mia.

Esta mañana tenia otra vez en la mano esta carta, que en demasia juiciosa y bien racionada me parecia, y de nuevo la leia inquieto, cuando oí llamar á la puerta de mi cuarto. Al instante veo entrar á milord Eduardo sin espada, escribiendo en su baston, y á tres sujetos que le acompañaban, uno de los cuales era el señor de Orbe. Estrañando tan no esperada visita, aguardaba silencioso en que pararia, cuando me rogó Eduardo que le otorgara un instante de audiencia, y que le dejara hablar y obrar sin interrumpirle. Se lo prometí así sin dificultad. Apenas lo hubo dicho, cuando con la admiracion que tú te puedes figurar vi á milord Eduardo arrodillado á mis plantas. Estrañando tan rara situacion quise al punto alzarle del suelo; pero habiendome acordado mi palabra me hablé en estos términos: «Vengo, caballero, á retractarme en alta voz de las razones injuriosas que me hizo la embriaguez decir á presencia de V.; la estravagancia de ellas es tal, que mas que á V. á mí me ofenden, y me debo á mi propio el desaprobarlas autenticamente. Me sujeto á cualquiera castigo que quiera V. imponerme, y no creeré restablecido mi honor hasta que haya satisfecho mi culpa. Otorgueme V. el perdon que solicito al precio que quisiere y restituyame su amistad.» Milord, le dije, ahora reconozco el generoso y elevado pecho de V., y sé distinguir en V. las palabras que dicta su corazón de las que cuando no está en sí dice: olvidemoslas para siempre. Al instante así de él, le levanté, y le cogí en mis brazos. Volviéndose luego á los espectadores les dijo: «Señores, doy á Vds. las gracias por su condescendencia: sujetos tan valientes como Vds., añadido animado y con un tono altivo, conocerán que quien así repara sus agravios de nadie sabe aguantarlos. Pueden Vds. publicar lo que han visto.» Después nos convidó á cenar para esta no-

che á los cuatro, y nos quedamos los dos solos.

Apenas lo estuvimos, cuando se vino para mí, y me abrazó con la mayor amistad y ternura: cogiendome luego de la mano y sentandome á su lado, me dijo: Venturoso mortal! disfrute V. de una felicidad que merece; suyo es el corazón de Julia, ¡ojala que ambos!... ¿Que dice V., Milord? le interrumpí, ¿ha perdido el juicio? No, me dijo sonriendose; pero poco me ha faltado para perderle; y así hubiera acaso sucedido si la que de mi razon me privaba no me la hubiera restituido. Entregóme entonces una carta que estrañe ver escrita de una mano que nunca á otro hombre que á mi habia escrito (1). ¡Que agitaciones escitó en mí su lectura! Veia á una incomparable amante; que por salvarme queria perderse, y reconocia á Julia; pero cuando llegué al pasaje donde jura que no sobrevivirá al mas dichoso de los hombres, me estremecieron los riesgos que habia corrido, sentí el verme tan amado, y me hizo aprender mi terror que eras mortal. Ah! tórname el valor que me quitas; le tengo para arrostrar la muerte que á mí solo amenaza, pero no para morir todo entero.

En tanto que estaba entregada mi alma á estas amargas reflexiones, me habla Eduardo de cosas, en que al principio puse muy poca atencion; pero que él á poder de hablarme de ti escitó, porque lo que me decia era grato á mi corazón y no escitaba mis celos. Parecióme que estaba lleno de sentimiento por haber turbado nuestra llama y tu sosiego. Lo que mas en el mundo honra eres tú, y no atreviéndose á disculpase en persona me ha suplicado que admita en tu nombre sus disculpas, y que te dé satisfaccion en el suyo: miro á V., me dijo, como á representante suyo, y nunca me humillaré lo bastante en presencia de quien ella quiere, no pudiendo sin comprometerla dirigirme á ella ni siquiera nombrarla. Confiesa que se habia inflamado de los afectos de que no puede quedar inmune quien con mucha

(1) Sin duda que no habla de su padre.

atención te mira; pero mas era tierna admiración que amor; nunca los suyos, le han inspirado esperanzas ni pretensiones, y los ha sacrificado todos á los nuestros desde el instante que los ha sabido: las razones que acerca de ti dijo fueron efecto del punch, y no de zelos. Habla del amor como un filósofo que mira su alma como superior á las pasiones; pero ó mucho me engaño, ó ha sentido ya alguna que no permite que ninguna otra cosa eche en el hondos raíces. Piensa que es un esfuerzo de la razón que haya quedado exhausto el corazón; porque yo sé que amar á Julia y renunciarla no es virtud humana.

Ha deseado saber circunstanciadamente la historia de nuestros amores, y los estorbos que contra la felicidad de tu amigo militan; y yo he creído que después de tu carta era aventurada y fuera de razón una semi-confianza, y me ha escuchado con una atención que manifestaba su sinceridad.

Mas de una vez he visto humedecerse sus ojos y enternecerse su corazón: especialmente notaba la eficaz impresión que en su alma hacían todos los triunfos de la virtud, y creo que se ha granjeado Claudio Anet otro protector no menos celoso que tu padre. En lo que me ha contado V., me dijo, no hay incidentes ni aventuras, y mucho menos me interesarían las catastrofes de una novela; ¡tanto suplen los afectos por las situaciones, y los actos de honradez por las brillantes acciones! Vuestras dos almas son tan extraordinarias, que no es posible apreciarlas por las reglas comunes. Para vosotros no está la felicidad en el mismo camino, ni es de la misma especie que para los demas humanos, que solo anelan al poder y á la agena opinión; vosotros solo amor y paz necesitais. Con vuestro amor va unida una emulación de virtud que os realza, y valierais menos uno y otro si no os hubierais amado. Se acabará el amor, se atrevió á añadir (perdonemoste una blasfemia en la ignorancia de su corazón pronunciada), se acabará el amor, dijo y os quedarán las virtudes. ¡Ah, Julia mia, ojalá que tanto como el duren!

que no pedirá mas el cielo. Finalmente veo que con este honrado inglés la aspeza filosófica y racional no altera la natural humanidad, y que verdaderamente se interesa en nuestro pensar. Si pudieran sernos útiles riquezas y crédito fío que pudieramos contar con él. Mas, ay! que valen poder y dinero para hacer felices á los corazones?

Esta conversacion, durante la qual se nos iba sin sentir el tiempo, nos trajo hasta la hora de comer. Mandé servir un pollo, y seguimos razonando después de la comida. Me habló de su conducta de esta mañana, y no pude menos de extrañar un paso tan auténtico y tan fuera de toda medida; pero además del motivo que ya me habia alegado, me añadió que no era digno de un hombre de valor, dar una satisfacción á medias, que habia de ser completa ó ninguna para no envilecerse sin remediar nada; y no hacer que atribuyeran á miedo una acción equívoca, y hecha como á despecho y contra voluntad. Fuera de que tengo hecha, añadió, mi reputación, y puedo ser justo sin que sospeche nadie que soy cobarde; pero V. que es mozo y empieza su carrera, ha de salir tan ocasionado de su lance primero, que á nadie le quede tentación de suscitarle otro. A cada paso se encuentran picaros medrosos, que quieren, como ellos dicen, probar á un hombre, esto es, topar con otro que tenga mas miedo que ellos, y á costa de quien puedan hacerse valer. Quiero aborraz á un hombre como V. la necesidad de castigar sin gloria á uno de estos pillos, y vale mas, si necesitan una lección, que de mi y no de V. la reciban; porque un lance mas nada hace á quien ya le han sucedido muchos; pero uno siempre es una especie de lunar, y al amante de Julia ninguno debe afearle.

Esta es en compendio mi larga conversacion con milord Eduardo. He pensado que te debia dar cuenta de ella, para que me prescribas lo que con él he de hacer.

Ahora que debes estar sosegada, des-tierra por tu vida las funestas ideas que te preocupan algunos dias hace; piensa

en los cuidados que requiere la incertidumbre de tu actual estado. ¡Oh si en breve triplicar mi existencia pudiera! si en breve una idolatrada prenda!... ¿Esperanzas ya otra vez frustradas me engañareis de nuevo? ¡O temores, ó deseos, ó incertidumbre! Dulce amiga de mi corazón, vivamos para amarnos, y cumplase en lo demas la voluntad del Cielo.

P. D. Se me olvidaba decirte que me ha entregado Milord tu carta, y que no he puesto dificultad en admitirla, persuadido á que no debe quedar semejante deposito en manos de tercero. Te la volveré la primera vez que nos veamos, que por lo que á mi hace no la necesito, y está tan bien grabada en lo interior de mi corazón, que no será menester volverla á leer en mi vida.

CARTA LXI.

DE JULIA.

TRAEME mañana á milord Eduardo, que me mostre yo á sus plantas, como él se ha arrodillado á las tuyas. Que magnanimidad! que nobleza! oh! que mezquinos respecto de él somos! Conserva á tan precioso amigo, como á las niñas de tus ojos. Si fuera mas sobrio acaso valdria menos; hay hombre sin defecto que tenga sublimes virtudes?

Estaba abatida con zozobras de mil especies, y ha venido tu carta á dar vida nueva á mi valor: con ella se han desvanecido mis sustos y son mis quebrautos mas sufribles, y ahora me siento con bastantes fuerzas para sufrir. Tú vi-ves, me quieres, no se ha vertido tu sangre ni la sangre de tu amigo, y ha quedado tu honor bien puesto: no soy aun totalmente desventurada.

No faltes á la cita de mañana. Nunca he tenido tanta necesidad de verte, ni tan poca esperanza de verte mucho tiempo. A Dios, querido unico y amigo mio. Me parece que no has dicho bien: vivamos para amarnos, debias decir: amemonos para vivir.

CARTA LXII.

DE CLARA A JULIA.

¿TENDRE siempre, amable prima,

que cumplir contigo las mas tristes obligaciones de la amistad? tendré que afligir con crueles consejos á tu corazón en la amargura del mio? Ay! bien sabes tú que son comunes de los dos todos nuestros afectos, y que no puedo participar nuevas penas sin haberlas yo sentido. ¡Ah! si pudiera yo esconderte tu desdicha sin aumentarla, ó si tuviera la tierna amistad tanto atractivo como el amor! ah! que presto borrara yo todos los sentimientos que te causo!

Ayer después del concierto, habiendo tomado tu madre del brazo á tu amigo y tú al señor de Orbe, se quedaron nuestros padres hablado de política con Milord, materia que me enfada tanto, que me echó el fastidio del cuarto. Media hora después oí nombrar con bastante vehemencia varias veces á tu amigo, conocí que habia mudado de asunto la conversacion y apliqué el oido. Por la serie de razones, colegí que se habia atrevido Eduardo á proponer tu casamiento con tu amigo, que en alta voz apellidaba el suyo, y á quien ofrecia en calidad de tal darle suficiente caudal. Habia tu padre desechado con desprecio la propuesta; y acerca de esto se empezaba á calentar la conversacion. Sepa V., decia Milord, no obstante todas sus preocupaciones que entre todos los hombres es quien mas la merece, y acaso el mas capaz de hacerla feliz. Cuantos dones no penden de los hombres los ha debido á la naturaleza, y ha añadido cuanto la aplicacion puede grangear. Es mozo, alto, bien formado, fuerte, hábil; tiene buena crianza, buen juicio, buenas costumbres, valor, sana el alma y cultivado el entendimiento: que le falta para merecer la aprobacion de V? riquezas? él las tendrá. Con el tercio de mi hacienda basta para que sea el mas opulento particular del pais de Vaud; y le daré, si es necesario, hasta la mitad. Nobleza? vana prerogativa en un pais donde mas perjudica que aprovecha. Aunque tambien, no lo dude V., la tiene: no escrita con tinta en pergaminos viejos, sino grabada en lo interior de su corazón en indelebles caracteres. En una palabra, si prefiere V. la razón á la

preocupación, y mas que á sus títulos quiere á su hija, se la dará á mi amigo. Entonces tu padre respondió muy enojado tratando de absurda y ridícula la propuesta. ¿Que, Milord, dijo, puede un hombre de honor como V. siquiera pensar que la postrer rama de una ilustre familia vaya á extinguir ó empañar su nombre en el de un *quidam* sin casa ni hogar reducido á vivir de limosna?.. Vamos despacio, interrumpió Eduardo, que está V. hablando de mi amigo: mire V. que reputo por míos los agravios que delante de mí se le hacen, y que las calificaciones injuriosas para un hombre de honor lo son todavía mas para el que las dice. Mas respetables son esos *quidams* que todos los hidalgos de Europa, y le reto á V. á que encuentre medio ninguno mas honroso de enriquecerse que los tributos de la estimación y las dadas de la amistad. Si el yerno que propongo no cita como V. una luenga serie de abuelos, siempre inciertos, será cimiento y honor de su casa como el primer ascendiente de la de V. lo fué. ¿Hubiera V. tenido á deshonra la alianza del primero de la familia? no recaería este desprecio en V. propio? ¿Cuantos nombres grandes los sepultaría de nuevo el olvido si no se tuvieran por ilustres otros que los que de un hombre estimable tuvieron principio! Juzguemos del tiempo pasado por el presente: por dos ó tres ciudadanos que con honrosos medios se ilustran, mil picaros hacen cada día nobles sus familias. ¿Y que probará esta nobleza con que sus descendientes tanto se ufanan, sino los robos y la infamia de su ascendiente? Confieso que entre los plebeyos se hallan muchos picaros; pero siempre se pueden apostar veinte contra uno á que es un noble descendiente de un bribon. Dejemos aparte, si V. quiere, su cuna, y pesemos el merito y los servicios. V. ha militado pagado por un principe extranjero; y su padre sirvió sin paga la patria. Si ha servido V. bien, buena paga le

han dado, y por mucho honor que en la guerra se haya V. grangeado, cien plebeyos la han grangeado mayor.

¿Y de que se honra, continuó milord Eduardo, esa nobleza que tanto á V. avanece? ¿qué hace por la gloria de la patria ó el bien del linaje humano? Mortal enemiga de las leyes y la libertad, que ha producido en los mas de los países donde brilla, sino la fuerza de la tiranía y la opresion de los pueblos? en una república se atreve V. á vanagloriarse de una condicion que de la esclavitud hace gala, y de ser hombre tiene vergüenza? Lea V. los anales de su patria (1). ¿Que tanto de ella ha merecido? que noble se cita entre los libertadores de la Suiza? eran nobles los Furst, los Tell y los Stouffacher? cual es esa desatinada gloria que tanto V. enreace? La de servir á un hombre y ser gravoso al estado.

Considera, querida, cuanto me desesperaba yo viendo que este hombre de bien con su impertinente aspeza perjudicaba á los intereses del amigo que servir queria. Efectivamente, enfurecido tu padre con tan acerbas aunque generales invectivas, empezó á repelerlas con personalidades; y dijo claramente á milord Eduardo que nunca sugeto de su clase habia proferido las espresiones que él habia artículado: no litigue V. en balde por causa ajena, añadió en tono muy colérico, que aunque tan gran señor, dudo mucho que pudiera defender la propia en la materia que se trata. Me pide V. á mi hija para su pretenso amigo sin saber si seria V. harto bueno para ella, y conozco lo suficiente la nobleza inglesa para formar por las razones de V. no muy alta idea de la suya.

Pardiez, dijo Milord; piense V. de mí como quisiere, yo sentiria mucho no tener otro abono de mi merito que el de un nombre incierto quinientos años hace. Si conoce V. la nobleza de Inglaterra, sabrá que es la mas instruida, la mas prudente y la mas valiente de Europa;

(1) Aquí hay mucha inexactitud. Nunca el país de Vaud ha sido parte de la Suiza, que es conquista de los Bernenses, y no son sus moradores ciudadanos, ni libres, sino vasallos.

no necesito con esto de indagar si es la mas antigua; porque cuando de lo que es se habla no se trata de lo que ha sido. Verdad es que no somos esclavos sino amigos del principe, ni tiranos del pueblo sino sus caudillos. Fiadores de la libertad, sustentáculos de la patria, y apoyos del trono, formamos un equilibrio invencible entre el pueblo y el rey. Con la nacion es nuestra obligacion primera, y la segunda con el que la gobierna; y no consultamos su voluntad sino su derecho. Supremos ministros de las leyes en la camara de los pares, y algunas veces legisladores, hacemos igual justicia al monarca que al pueblo, y no consentimos que diga nadie: *Dios y mi espada*, si solo: *Dios y mi derecho*.

Tal es, señor mio, esta respetable nobleza, tan antigua como cualquier otra, pero mas de su merito que de sus ascendientes ufana, y de que habla V. sin conocerla. Yo no soy el postrero en la gerarquía de este ilustre orden; y con todo lo encofetado de V. creo que no le cedo en cosa ninguna. Tengo una hermana soltera que es niña amable y rica, y solo en las prendas que V. nada aprecia inferior á Julia. Si quien ha conocido los dotes de su hija de V. pudiera poner en otras partes sus ojos y su corazon, ¡por cuan honrado me tendria yo admitiendo sin caudal ninguno por mi cuñado al que propongo á V. por yerno con la mitad del mio!

Por la réplica de tu padre vi que no hacia esta conversacion otra cosa que exasperarle; y aunque penetrada de admiracion de la generosidad de milord Eduardo, conocí que un hombre tan poco flexible solo para echar á perder la negociacion que habia emprendido servia; y así entré aprisa en el cuarto antes que fuera el asunto mas adelante. Con mi presencia cesó la conversacion, y de allí á un instante se separaron con mucha frialdad. Mi padre se portó con mucha prudencia en toda la contienda: primero asintió con interés á la propuesta, pero viendo que no queria acceder á ella tu padre, y que se empezaba á encender la disputa, se puso, como era natural, de parte de su cuñado, ó in-

terrompiendo cuando venia el caso á uno y otro con moderadas razones, á ambos los contuvo en limites que probablemente hubieran escedido si hubiesen estado solos. Despues que se fueron me dijo en confianza lo que acababa de suceder, y como vi á donde iba á parar, le repliqué antes que estando las cosas en ese estado no convenia que te viera con tanta frecuencia aqui el sugeto, y que ni aun convendria que volviese sino era porque lo tomaria á desaire el señor de Orbe, cuyo amigo era; pero que yo le suplicaria que le trajera menos veces, y lo mismo á milord Eduardo. Esto es, querida, lo mas que he podido hacer para no cerrarles enteramente la puerta.

Aun hay mas: la crisis en que estás puesta me obliga á reiterarte mis anteriores consejos. En la ciudad ha metido todo el ruido que era de esperar el lance de milord Eduardo con tu amigo, y aunque haya guardado secreto acerca del motivo de la contienda el señor de Orbe, hay tantos indicios que le dan á conocer, que no puede quedar oculto. Sospechan, conjeturan, te nombran; el dicho del Sereno no está de tal manera sofocado que no haya quien de él se acuerde, y ya sabes que á los ojos del público raya la verdad presumida con la evidencia. Cuanto puedo decirte es que generalmente aprueban tu eleccion, y que verian con gusto la union de tan linda pareja; lo cual me confirma que se ha conducido bien tu amigo en este pais, y que poco menos que á tí le quieren. Mas que me de la voz publica con tu inflexible padre? Sabrá ó ha sabido ya estos rumores, y me hace temblar el efecto que pueden producir si no te das prisa á precaverte de su enojo. Debes esperar de él una explicacion terrible para tí propia, y cosa aun peor acaso para tu amigo: no porque yo crea que quiera de su edad desahar á un mozo que no reputa digno de su espada; pero su valimiento en el pueblo le daria, si quisiera, mil medios de hacerle mal juego, y es temible que su furor le inspire este mal pensamiento.

De rodillas te lo suplico, dulce amiga mia, piensa en los peligros que te cer-

can, y que cada instante mas inminentes se hacen; en medio de todos hasta ahora te ha preservado una inaudita dicha; pon al misterio de tus amores, mientras que es aun tiempo, el sello de la prudencia, y no abuses de los favores de la fortuna, de miedo de que en tus desgracias envuelva à aquel que las ha causado. Créeme, ángel mio, lo por venir es incierto; con el tiempo mil acontecimientos pueden ofrecer remedios no esperados; pero por ahora ya te lo he dicho, y te lo repito con mas fuerza, haz que se parta tu amigo ó estás perdida.

CARTA LXIII.

DE JULIA A CLARA.

QUERIDA mia, todo cuanto habias anunciado ha sucedido: ayer, una hora despues de nuestro regreso, entró mi padre en el cuarto de mi madre echando llamas por los ojos, inflamado el rostro: en una palabra, en un estado cual nunca le habia visto. Luego conocí que acababa de tener quimera ó queria armarla, y mi turbada conciencia me hacia temblar de antemano.

Empezó diciendo mil denuestos, aunque en términos generales, contra las madres de familias que imprudentemente llevan à sus casas à mozos sin estado y de baja estraccion, cuyo trato, solo deshonra y vergüenza à los que les dan oídos acarrean. Viendo luego que no bastaba con esto para sacar respuesta de una muger intimidada, sin contemplacion ninguna citó en ejemplo lo que en nuestra casa habia sucedido desde que habian metido en ella à un aspirante de filosofia y un compositor de frioleras, mas capaz de corromper à una muchacha de juicio, que de darle instruccion ninguna de provecho. Mi madre, que vió que nada ganaba con su silencio, le paró à la palabra de corrupcion, y le preguntó que habia visto en la conducta ó la reputacion del hombre de bien de quien hablaba, que semejantes sospechas pudiera autorizar. No he creído, añadió, que fueran el mérito y el talento motivos para no ser admitido en la sociedad. ¿Para quien estará abierta tu casa, si

no das entrada à las buenas costumbres y al talento? Para hombres de buena familia, respondió enojado, que puedan reparar el honor de una doncella si le han ofendido. No, dijo mi madre; sino à hombres de bien que no le ofendan. Sabete, replicó mi padre, que ofende el honor de una casa quien tiene la osadía de solicitar su alianza sin títulos para merecerla. Lejos de ver en eso ofensa, dijo ella, lo tengo yo al contrario, à señal de estimacion. Ademas de que no sé que el sugeto contra quien tan airado estas haya dado semejante paso. Si, señora, que le ha dado, y mas hará si yo no lo remedio; pero no dudes que vigilaré en cuidados que tan mal desempeñas. Armóse entóces una peligrosa altercacion, por lo cual vi que no habian llegado à oido de mis padres los rumores del pueblo, de que me has hablado; pero mientras que duró, hubiera querido tu indigna prima estar cien pies debajo de tierra. Contempla à la mejor y la mas engañada madre haciendo el elogio de una hija delincuente, y alabandola, ay! de todas las virtudes que ha perdido en las mas honrosas, ó por mejor decir, en las mas afrentosas terminos; figurate à un padre irritado, buscando las espresiones mas ofensivas, y con todo su furor no vierte una siquiera que denote la menor duda acerca de la virtud de aquella que despedazan los remordimientos, y que confunde en su presencia la vergüenza. ¡Oh, que increíble tormento de una conciencia envilecida, que acusa de delitos que la ira y la indignacion ni sospechar pueden! que insufrible y pesada carga de un falso loor, y una estimacion que en secreto repugna al corazon! De tal modo oprimida me sentia, que para librarme de tan crudo suplicio iba à confesarlo todo, si me hubiera dejado tiempo mi padre; pero el impetu de la ira le hacia repetir cien veces una misma cosa, y mudar de asunto à cada instante. Notó que tenia agachado el semblante, y que estaba desalentada y afrentada, indicio de mis remordimientos; y si no coligió de aquí mi yerro, infirió mi amor, y para mas avergonzarme agravio en términos tan odiosos y de tanto vilipendio

al objeto de mi cariño, que no fueron poderosos todos mis esfuerzos à dejar que prosiguiera sin interrumpirle.

No sé, querida, quien me dió tanta osadía, ni como me hizo un instante de desvario que de mi obligacion y la modestia me olvidara; pero si me atreví à salir por un instante de mi respetuoso silencio, vas à ver que bien he sufrido la pena. En nombre del cielo, le dije, dignese V. de sosegar, nunca correré yo riesgo con hombre que à tantas injurias es acreedor. Al punto mi padre, que creyó en estas palabras distinguir improprio, y cuyo furor solo un pretexto aguardaba, se tiró à tu pobre amiga, y por la vez primera de mi vida me pegó una bofetada, que no fué sola, y dejándose llevar de su colera con igual violencia que la que le habia costado, me maltrató cruelmente, aunque se puso mi madre de por medio, y cubriéndome con su cuerpo recibió algunos de los golpes que en mi descargaba. Al retirarme para evitarlos di un tropezon y caí, fui à dar de cara contra el pie de un bufete, y salió mucha sangre.

Aquí se acabó el triunfo de la colera, y empezó el de la naturaleza. Movido con mi caída, con mi sangre, con mis lagrimas y las de mi madre, me levantó inquieto y asustado; y habiéndome sentado en una silla, examinaron ambos con mucho cuidado si me habia herido. Solo habia una ligera contusion en la frente, y la sangre salia de la nariz. No obstante por la mudanza de gesto y tono de mi padre vi que estaba pesaroso de lo que habia hecho. No vino à acariciarme, porque no permitia la dignidad paternal tan repentina mudanza; pero vino à dar à mi madre tiernas disculpas, y por las miradas que à hurtadillas en mi clavaba, bien vi que la mitad de lo que le decia se dirigia à mi. No, querida, no hay confusion mas afectuosa que la de un padre tierno que cree haberse propasado en sus enojos. Conoce el corazon de un padre que su destino es perdonar, y no necesitar perdon.

Era hora de cenar, y se difirió la cena para dar lugar à que me sosegara; y no queriendo mi padre que fueran los cria-

dos testigos del suceso, fué él mismo à traerme un vaso de agua, mientras que me lavaba mi madre la cara. Ay! la pobre mama ya tan caída y tan enferma no se sentirá poco de la escena, y no menos que yo necesitaba socorro.

En la mesa no me habló mi padre, pero era silencio de vergüenza y no de enfado; afectaba que le gustaba cada plato para tomar asa de decir à mi madre que me sirviera, y lo que mas me enterneció el corazon fué conocer que buscaba ocasiones para nombrar à su hija, y no à Julia como de ordinario me llama.

Despues de cenar estaba el tiempo tan frio, que mandó mi madre encender lumbre en su cuarto. Sentóse à un rincón de la chimenea y mi padre al otro, yo iba à coger una silla para ponerme en medio, cuando sin decirme palabra me agarró padre de la ropa, y me sentó en sus rodillas: todo esto con tanta presteza, y por un movimiento tan involuntario que como que se arrepintió pasado un instante. No obstante yo estaba encima de sus rodillas, no podia volverse atras, y lo peor era que en esta incómoda postura habia que tenerme abrazada. Haciese todo con el mayor silencio, pero de tiempo en tiempo sentia que me estrechaba entre sus brazos exhalando un sollozo mal sofocado. No sé que mala vergüenza impedia à sus paternos brazos el apretar lazos tan dulces. Cierta gravedad que no se atrevia à abandonar y cierta confusion que no estaba osado de vencer, causaban entre un padre y su hija este suave temor que inspiran el pudor y el amor à dos amantes, mientras que loca de gozo contemplaba tan dulce espectáculo una madre tierna. Todo, esto, ángel mio, lo veía y lo sentia yo, y no pudiendo resistir mas tiempo à la ternura que en mi corazon rebosaba, fingí que me caia y eché para sostenerme un brazo al cuello de mi padre, arrimé mi rostro à su rostro venerable, y en un instante le cubrí de besos y le inundé con mis lagrimas, y por las que de sus ojos caian vi que se habia aliviado de un terrible peso; mi madre vino à participar de nuestras caricias. Serena y dulce inocencia, tú sola faltabas à mi corazon para que fuera

esta escena de la naturaleza el instante mas delicioso de mi vida.

Esta mañana con la fatiga, y sentida de la caída me he quedado en la cama hasta algo tarde; mi padre ha entrado en mi cuarto antes que me levantara, se ha sentado en la cabecera de la cama à informarse cariñosamente de mi salud, ha cogido una mano mia entre las suyas, se ha bajado hasta besarla repetidas veces, llamandome su querida hija, y manifestándome cuanto habia sentido su estado! yo le dije, y así lo pienso, que seria mucha dicha para mí el que me pegara todos los días à ese precio, y que uno solo de sus halagos borra en mi corazón el mas duro trato.

Tomó luego mas severa espresion, y hablándome del asunto de ayer me manifestó su resolución en mesuradas pero terminantes palabras. Ya sabes, me dijo, para quien te destino; te lo he anunciado así que llegué, y nunca mudaré de determinacion en este punto. Por lo que al sugeto de quien me ha hablado milord Eduardo hace, no le disputo el merito que todo el mundo confiesa que tiene; pero no sé si ha provenido de él propio la ridicula esperanza de emparentar conmigo, ó si ha podido otro inspirársela; pero cuando en ninguno pensar y poseyera él todas las guineas de Inglaterra, está cierta de que jamas semejante yerno admitiré. Te mando que en tu vida le veas ni le hables, tanto para que esté segura su vida como tu honor. Aunque siempre le he mirado con desafecto, ahora mas que nunca le aborrezco por los escéos que ha hecho que cometiera, y jamas le perdonaré mis furoros de ayer. Dicho esto se salió sin oír mi respuesta, y con enfado casi igual al que acababa de reprobarse à sí mismo. ¡Ah, prima, que infernales monstruos son estas preocupaciones, que así los mejores corazones depravan, y à cada instante acallan la naturaleza!

Esta, Clara mia, ha sido la explicacion que tú me habias anunciado, y cuyo motivo no podia yo discurrir cual fuese hasta que en tu carta le he visto. No te puedo decir la revolucion que en mí ha habido, pero desde entonces me hallo

otra distinta; me parece que vuelvo con mas sentimiento los ojos atras el tiempo feliz que sosegada y satisfecha en el seno de mi familia vivia, y que se aumenta el sentimiento de mi yerro con el de los bienes que por él he perdido. Dime, crida, dime, si te atreves, ¿se acabó ya el tiempo del amor, y no hemos de volver à vernos? ah, conoces lo tenebroso, lo horrible de tan fatal idea? Empero es terminante la orden de mi padre, y cierto el peligro de mi amante. ¿Sabes lo que en mí resulta de tantos movimientos opuestos, que mutuamente se destruyen? Una especie de estolidez que hace casi insensible mi alma, ni el uso de las pasiones ni de la razon me permite. El instante es crítico, tú me lo has dicho, y yo lo conozco, no obstante nunca menos capaz he sido de conducirme. Veinte veces he intentado escribir à quien quiero, à cada renglon me da un desmayo, y no puedo escribir dos seguidos. Solo tú me quedas, dulce amiga mia; dignate de escribir, de pensar y de obrar por mí, en tus manos encomiendo mi suerte, y sea cual fuere la determinacion que tomes, de antemano confirmo cuanto hicieres; de tu amistad fio este fatal poder que tan caro me ha vendido el amor. Sepárame para siempre de mi propia, dame la muerte si es menester que muera; pero no me fuerces à traspasarne con mi propia mano el corazón.

¡O ángel mio, protectora mia, que horrible cargo de tí fio! tendrás valor para ejercerle? sabrás suavizar su cruz. Ay! que no es solo mi corazón el que vas à despedazar! Clara, tú sabes muy bien cuanto soy querida; ni siquiera el consuelo de ser la mas digna de compasion tengo. Ruegote que hable por boca tuya mi corazón, que se penetre el tuyo en la tierna comiseracion de amor; consuela à un desventurado; dile cien veces... ah! dile... ¿No crees tú, dulce amiga, que à despecho de todas las preocupaciones, de los estorbos todos, de todos los reveses, nos ha destinado uno para otro el cielo? Sí, sí; cierta estoy de ello: es suerte nuestra vivir unidos, no es posible que pierda yo esta idea; no es posible que la esperanza que à ella

signe renuncie. Dile que del desaliento y la desesperacion se defienda. No te pares en pedirle en mi nombre amor y fidelidad; ni menos en pronunciárselos de la mia; ¿no estamos seguros de ello en lo interior de nuestros corazones? no tenemos la intima conciencia de que son nuestras almas indivisibles, ó mas bien de que una sola à entrambos nos rige? Dile solo que esperas y que se fie del amor si nos persigue la fortuna; porque veo, prima, que amor de un modo ó de otro sanará los males que nos causa, y que cual fuere la determinacion del cielo, no viviremos separados mucho tiempo.

P. D. Escrita esta he pasado al cuarto de mi madre, y me he encontrado tan indisputada, que me he visto precisada à meterme en la cama; conozeo... me temo... ah! querida, me temo que trayga mi caída de ayer consecuencias mas fatales de las que yo me pensaba. Todo así se ha concluido, y todas mis esperanzas me abandonan de consuno.

CARTA LXIV.

DE CLARA AL SEÑOR DE ORBE.

ESTA mañana me ha dicho mi padre la conversacion que V. ha tenido, y veo con gusto que se encaminan todas las cosas à lo que V. en llamar su ventura se complace. Ya sabe V. que tambien espero hallar con la suya la mia; V. se ha grangeado mi estimacion y mi amistad, y cuantos afectos mas tiernos en mi corazón pueden tener cabida son suyos. Pero no se equivoque V., yo soy en cuanto muger una especie de monstruo; y no sé por que antojo de la naturaleza la amistad puede conmigo mas que el amor. Cuando digo que quiero mas à Julia que à V. se rie V., y no hay cosa mas cierta: Julia lo sabe tanto que es mas zelosa por V. que V. propio, y mientras que al parecer vive satisfecho, ella piensa que no le quiero lo suficiente. Mas hay: y es que quiero tanto à cuanto ella ama, que en mi corazón su amante y V. casi en igual grado se encuentran, aunque de distinto modo. El solo amistad me inspira, pero es

mas viva; V. me hace sentir algun amor, pero mas sosegado; y aunque todo esto pudiera parecer harto equivalente para turbar la tranquilidad de un zeloso, pienso que no se alterará la suya.

¡Que lejos están las pobres criaturas de la serena paz que disfrutamos! y que mal parece nuestra satisfaccion cuando están desesperados nuestros amigos! Se acabó; preciso es que se separen; llegó para ellos el momento de una eterna ausencia; y la tristeza que el día de la academia les ceñabamos en cara acaso era anuncio de que se veían por la vez postrera. No obstante, su amigo de V. nada sabe de su desventura; sereno su corazón disfruta todavia la felicidad, y como aquel que arrebatada una repentina muerte, piensa que ha de vivir malhadado, y no ve que la muerte le va à sobrecoger: ay! y de mi mano ha de recibir el golpe terrible! Divina amistad, unico idolo de mi corazón, ven, animala con tu sagrada cruz. Dame aliento para ser inhumana, y servirme dignamente en obligacion tan dolorosa.

Con V. cuento en este lance, y tambien contaria, aun cuando menos me quisiera; porque conozeo su alma, y sé que no necesita del celo del amor, cuando habla el de la humanidad. Se trata primeramente de persuadir à nuestro amigo à que venga mañana por la mañana à mi casa, pero cuidado con advertirle de cosa ninguna. Hoy que estoy libre iré à pasar la tarde à casa de Julia; procure V. verse con milord Eduardo, y venirse con él solo à esperarme à las ocho, para que juntos quedemos en lo que hemos de hacer, à fin de resolver à este desventurado à que se vaya, y evitar su desesperacion.

Mucho de su aliento y de nuestras atenciones espero; mucho mas espero de su amor; la voluntad de Julia, el riesgo que su honor y su vida corren son motivos, à que no se resistirá. Como quiera que sea, declaro à V. que no se tratará de nuestras bodas, mientras no esté Julia sosegada, y que nunca regarán las lagrimas de mi amiga el vinculo que estrecharnos debe. Así, caballero, si es cierto que V. me quiere, en